

## Relación y Carta del P. Pedro de Orduña sobre la toma de Colonia del Sacramento en 1680

*Pedro Hugo Mancebo\**

La presente colaboración constituye una breve reseña sobre el enfrentamiento entre la corona de España y Portugal a fines del siglo XVII, en la Colonia del Sacramento. El conflicto se inicia luego de la fundación de Colonia en lo que los españoles consideraron una usurpación de sus tierras. Pero en virtud del tratado de 1681, se devolvió a Portugal en forma provisoria. El hecho obedeció al interés de los habitantes de las gobernaciones de Tucumán y Buenos Aires, pertenecientes por aquel entonces al Virreinato del Perú. El objetivo consistió en la eliminación de la cabeza de puente establecida por Portugal frente a Buenos Aires a finales del siglo XVII.

En la costa oriental del estuario platense, a 250 kilómetros de la boca del Río de la Plata y a unos 100 kilómetros de la desembocadura del Río Uruguay, irrumpe una península y un grupo de islas que desde mediados del siglo XVI eran conocidas con el nombre genérico de San Gabriel, denominación que hoy sólo conserva la isla más grande, situada a cinco kilómetros de la actual ciudad uruguaya de Colonia del Sacramento. Esta protuberancia de la margen oriental conforma un trío estratégico con las de Montevideo y Maldonado para el control de los grandes ríos del Cono Sur, por ello fue un punto de interés para Portugal cuando, a partir de la recuperación de la independencia en 1640, la Casa Braganza se propuso delimitar su patrimonio territorial en América. Pese a que la zona caía dentro de la demarcación adjudicada a España por el Tratado de Tordesillas y que las autoridades residentes en Buenos Aires habían efectuado sobre las muy poco habitadas tierras orientales diversos actos posesorios como la atribución de encomiendas y mercedes, la corona portuguesa animada por la protección británica se propuso establecer una fortaleza en las inmediaciones de Buenos Aires. Esta ambición se vio fortalecida por la bula de Inocencio XI *Romanus Pontifex*, del 22 de noviembre de 1676, que creó el obispado de Río de Janeiro cuya jurisdicción incluía la margen oriental del Río de la Plata. El regente de Portugal designó a Don Manuel Lobo para emprender los planes expansionistas sobre el Plata. Su nombramiento, extendido en octubre de 1678, contenía los minuciosos pasos a dar a partir de la “fortificación y población” de San Gabriel. Se le daba autorización para llevar

---

\* Universidad Nacional de Córdoba.

unos 500 soldados de infantería y caballería, estacionados en Río de Janeiro, y se le otorgaban amplios créditos para los gastos en que incurriera. A mediados de 1679 Lobo ya había tomado posesión de la gobernación de Río de Janeiro y preparaba su expedición al Río de la Plata. Sin embargo, para la empresa no pudo reclutar más que “vagos, gente sin oficio y aventureros”. Lobo partió del puerto de Santos con dos navíos, dos zumacas y tres lanchones. Disponía de tres compañías de infantería, un escuadrón de caballos de coraza, 18 piezas de artillería y 100 barriles de pólvora, además de elementos de construcción. Llevaba también 60 esclavos de su propiedad y tres sacerdotes, dos de ellos jesuitas. Completaban la expedición ocho mujeres. A finales de enero de 1680, la flotilla portuguesa ancló frente a la isla de San Gabriel. El 26 Manuel Lobo funda la Nova Colonia do Sacramento en nombre de Portugal, y de inmediato comenzaron las tareas de construcción de viviendas y defensas.

Por desoladas que fueran las riberas del Plata, semejante movimiento desde Brasil no podía pasar desapercibido para las autoridades de Buenos Aires. El gobernador Don José de Garro sabía de la preparación de la flotilla de Lobo, por lo cual el río era patrullado desde hacía un año. El 21 de enero de 1680, un tripulante de una chalupa de una fragata anclada en Buenos Aires encontró a cuatro navíos desconocidos fondeados en las islas. Sin hacer caso a las señales que le hicieron desde ellos, el marino regresó en el acto a Buenos Aires para informar la novedad.

El gobernador Garro era un vasco militar de carrera, anteriormente había sido gobernador del Tucumán. Desde Buenos Aires envió a varios oficiales para que tomaran contacto con los lusitanos. La misión incluía observarlo todo a fin de conocer las fuerzas que disponían los recién llegados. El 10 de febrero, la primera aproximación guardó la cortesía correspondiente a los usos militares de la época, España y Portugal estaban en paz y se prefería evitar una actitud hostil. Ante el prudente requerimiento de desalojar el lugar, Lobo contestó con amabilidad que las tierras que ocupaba pertenecían a su príncipe. La comitiva regresó a Buenos Aires con la respuesta mientras los portugueses continuaron trabajando en la nueva población.

Simultáneamente, Garro había enviado una urgente misiva al virrey del Perú dando cuenta del suceso con el pedido de ayuda. A la vez, requirió al gobernador del Tucumán 300 hombres de su jurisdicción. También pidió a Santa Fe 50 soldados y a Corrientes 81 más. Asimismo se dirigió al superior de la provincia jesuítica del Paraguay solicitándole el envío de 3.000 indígenas de las reducciones, con armas y bastimentos, acompañados de religiosos. Los milicianos del Litoral (es decir Santa Fe y Corrientes) debían concentrarse en Santo Domingo de Soriano, en la margen oriental del Río Uruguay, para avanzar desde allí hacia el establecimiento portugués. Los del Tucumán se dirigirían a Buenos Aires.

Lobo continuaba con las tareas fundacionales, sabiendo que la consolidación del asentamiento dependía de la actitud de las autoridades de Buenos Aires. El 23 de febrero envió a la ciudad vecina a su segundo con un ruego, Lobo esperaba se le vendiese artículos necesarios para los colonos. El enviado regresó a Colonia del Sacramento con una negativa nada edulcorada de Garro. Lobo ya no podía engañarse con la predisposición de Buenos Aires, sin embargo mandó de regreso las naves a Río de Janeiro comunicando lo ocurrido y pidiendo que retornasen con materiales y provisiones. Con esa decisión quedó aislado, a cuarenta kilómetros de sus enemigos río de por medio. Entretanto, el jefe lusitano perdió a

un colaborador que nunca pudo llegar a la colonia. Una nave con Soares de Macedo a bordo había seguido a la flotilla de Lobo. Luego de naufragar su embarcación a la altura de Punta del Este, Soares de Macedo fue apresado por los españoles y quedó prisionero de Garro. Enterado, el 2 de junio Lobo demandó la libertad de su lugarteniente “para que tengamos entendido si estamos en guerra o en paz”. Garro en otra respuesta seca defendió su acción y calificó a los portugueses de intrusos, para entonces las fuerzas convocadas por el gobernador de Buenos Aires estaban llegando a destino. Lobo se encontraba sin comunicaciones con Brasil, sin su lugarteniente, con su población sufriendo la escasez y los rigores del invierno platense. El 13 de julio en un último intento diplomático envía a Buenos Aires a su capellán jesuita, alegando que su expedición es conocida por la corona española y que no quiere derramar sangre. La fría negativa de Garro llegó cuando la Colonia del Sacramento estaba bajo sitio.

Las fuerzas provenientes del Litoral y las Misiones se encontraron en un lugar en la ribera izquierda del Río Uruguay. El criollo Juan de Aguilera iba al frente de 50 soldados santafesinos. El sargento mayor Francisco de Villanueva conducía a 60 correntinos. Estos contingentes se reunieron con los 3.000 guaraníes de las Misiones, que venían arreando 9.000 cabezas de ganado para su mantenimiento. Los indígenas llegaban con la jefatura de seis caciques y una veintena de oficiales españoles y criollos, todos bajo la supervisión del padre Altamirano. El maestro de campo Vera y Mujica, santafesino ilustre, quedó al frente de todas las fuerzas reunidas en Santo Domingo de Soriano. Por su parte Francisco de la Cámara, nacido en Alcalá de Henares, comandaba 120 hombres de Buenos Aires. Ellos se sumaron a la columna cuando ésta arribó a las proximidades del asentamiento portugués. El contingente enviado desde Tucumán quedó de reserva en Buenos Aires.

El 6 de julio de 1680, los españoles habían sitiado la fortaleza que los portugueses estaban construyendo en San Gabriel. El objetivo era cortarle a la nueva colonia las comunicaciones con el abastecimiento desde Brasil y evitar cualquier intervención de los indios charrúas. A pesar de la superioridad numérica, el ejército sitiador tenía un punto débil, algunos guaraníes comerciaban sin problemas con los sitiados. Ante el creciente número de indígenas dispuestos a entregarle carne vacuna a los portugueses a cambio de bayetas y otros efectos, Vera y Mujica decidió retirar la mayor parte de los guaraníes al Río San Juan, a unos 15 kilómetros hacia el norte, sobre la costa. Los caciques, avergonzados por el comportamiento de su gente, pidieron atacar la ciudadela sin más demora, porque ganaba espacio la impaciencia y con el invierno también las enfermedades. Los hechos llevaron a Vera y Mujica a tomar una actitud más dinámica. El 21 de julio el jefe español intimó la rendición. Para fines de mes el ataque era inminente, sin embargo Vera y Mujica resolvió postergar la acción hasta que llegaran refuerzos desde Buenos Aires. Más que militar la espera tenía un motivo político, Vera y Mujica no se animaba a generar un incidente en virtud de la paz de España con Portugal, esperaba una orden concreta y responsable de abrir fuego. El gobernador Garro, a la vez, quería asegurarse el respaldo de un consejo antes de dar la orden.

El 28 de julio se celebró una nutrida reunión en la casa del obispo de Buenos Aires a la que concurrieron treinta funcionarios, cabildantes, vecinos caracterizados y oficiales llegados del Tucumán. Luego de darles el informe de situación, en donde enfatizó los gastos que acarrearía a la Real Hacienda mantener el sitio, Garro requirió el dictamen de los

concurrentes. Con la unanimidad de los pareceres, el gobernador dictó la orden de ataque. La comunicación junto a los refuerzos llegó el 3 de agosto a la Barra de San Juan. Al día siguiente, Vera y Mujica convocó a los jefes y les impartió la orden de llevar de inmediato un ataque fulminante contra la colonia, sin preparación de artillería. Los atacantes marcharían por la noche en tres columnas, de manera que antes del amanecer caerían sobre los portugueses por tres flancos de las fortificaciones que daban a tierra. Las fuerzas de Vera y Mujica sumaban 300 españoles (europeos y americanos) y poco más de 3.000 indios de las misiones. La plaza tenía aproximadamente 300 defensores, excluyendo a los labradores, artesanos y los “inservibles” que no tomaban las armas. La fortaleza, diseñada por el apto ingeniero militar Correia Pinto, estaba situada el filo de la loma que corre por la península. Si bien incompletas, las defensas complicaban la expugnación: la obra presentaba dos macizos hacia el este unidos por una estacada de palos de madera sobre tierra apisonada, asegurada por un foso que tenía la altura de un hombre, con una sola entrada de puente levadizo que miraba hacia el norte.

El 6 de agosto por la noche los sitiadores abandonaron el campamento y empezaron a caminar en el mayor silencio. Cada columna iba comandada por un jefe guaraní: el sargento mayor Ignacio Amandaú, el maestro de campo Cristóbal Cupiy y el de igual grado Francisco Curitú. Los contingentes de criollos y españoles estaban repartidos entre las columnas cada uno con sus jefes.

En la incipiente fortaleza de San Gabriel velaban las armas sin reparar en la inminencia del asalto. El capitán Manoel Galvao había recibido el mando de Lobo debido a la fiebre que obligaba al gobernador a guardar descanso. En el primer contacto, en el sector sur los atacantes degüellan a un centinela adormilado, pero su compañero hacer tronar a su arcabuz poniendo en alerta a la plaza. El silencio de la noche se convierte en un correr de gritos y tiros. El guaraní Curitú y el capitán Alejandro de Aguirre trepan al baluarte por el sur, el capitán correntino Gabriel de Toledo y el sargento mayor indígena Amandaú asaltan con éxito el sector norte. Los portugueses se defienden con denuedo, Galvao logra rechazar el ataque del sur, él mismo montado a caballo se lanza a uno y otro lado sableando al enemigo. Los santafesinos lanzan una nueva oleada por el sur, con ello consiguen detener a los que empezaban a desbandarse y superan las defensas, llegando incluso al depósito de pólvora. Galvao no retrocede, da pelea y mata a cinco españoles hasta que un mosquetazo le vuela la cabeza. Un grupo de portugueses se resiste en la parte norte, abrumados por un enemigo que lo supera en número, intentan echar al agua una lancha varada en la playa, pero son exterminados antes de subir. La lucha se convierte en una masacre. Para mantener a raya a los guaraníes que la acosaban, la esposa de Galvao toma la espada de las manos de su esposo muerto. La matan, al igual que al ingeniero Correa Pinto con casi todos sus oficiales. En vano los jefes tratan de contener a los indios, disparada la masacre los guaraníes asesinan sin compasión a los defensores de la ciudadela. Un pequeño grupo de portugueses se abre paso hasta la precaria iglesia, una vez allí consiguen hacerse fuertes y negociar la entrega con la debida garantía de vida. Un Manuel Lobo desfalleciente se ha hecho ceñir las armas, es capturado al salir de su habitación a dar pelea. A punto de ser ultimado por los guaraníes aparece Vera y Mujica, quien lo protege con su cuerpo y usando su cargo de jefe consigue salvarlo al reclamarlo como prisionero propio. El sangriento combate se extendió por menos de una hora: los atacantes tuvieron 36 muertos y más de 100 heridos, en tanto los defensores perdieron 112 hombres ultimados en el asalto o en los

momentos posteriores a la lucha. “Antes de su muerte, Lôbo escribió una carta al príncipe regente, fechada el 3 de enero de 1683 acusando a Garro por el mal trato a prisioneros de guerra y a los jesuitas españoles de las reducciones guaranícas que habían ordenado la matanza de los portugueses con tanta crueldad”<sup>1</sup>. Con el sol sobre el horizonte, la batalla ha terminado. En ese mismo 7 de agosto de 1680 se entierran a los muertos. Al día siguiente la noticia llega a Buenos Aires. En medio de la celebración llega una zumaca con Lobo, los oficiales sobrevivientes y dos sacerdotes de la expedición. El jefe se encuentra física y moralmente abatido. El resto de la población de la Nova Colonia do Sacramento es evacuada el 21 para ser repartida en diversos puntos de la gobernación.

El Padre Guillermo Furlong, en un opúsculo suyo titulado “los jesuitas y la Cultura Rioplatense”, anota al referirse a la defensa militar en esas latitudes: “...la situación de las Doctrinas era tal, que sólo defender los indios sus tierras y moradas, hacían a la corona Española, y a las naciones que de sus posesiones se han formado, un servicio y de gran importancia: el de defender las fronteras y mantener la integridad de su territorio”. “Muchos historiadores modernos- prosigue Furlong- han criticado al hecho de haber los jesuitas obtenido para sus Indios el uso de las armas de fuego, pero los tales ignoran no solamente la vigilancia que de continuo ejercían sobre las fronteras, sino aun las acciones de guerra que tuvieron feliz éxito, gracias a la pericia e intrepidez de aquellos Indios misioneros. Bastará recordar la célebre toma de la Colonia del Sacramento en 1680. Allí solo hubo 260 soldados españoles mientras el número de los soldados de las Reducciones ascendía a 3000. A esas valientes tropas y a su digno jefe el Cacique Ignacio Amandau se debió aquella brillante victoria”. No olvidarse de la autorización que por la Real Cédula del 25 de julio de 1679 resolvía armar a los indios pero bajo responsabilidad de los jesuitas, legalizando el uso de los guaraníes reducidos como verdadero ejército contra Portugal, por parte de la corona española.

Una completa información de los acontecimientos la escribe el Padre Orduña (Zaragoza, 1629-San Javier, 1700), procurador general de las misiones, quien llevó a los guaraníes de las reducciones y escribió al provincial: “*Relación y carta del Padre de Orduña del avance de Indios al fuerte portugués y victoria que ganaron a 7 de agosto de 1680*”<sup>2</sup>; -Según se infiere en los últimos párrafos, esta relación sin fechar es una copia, pues agrega seguidamente al texto del P. Orduña, un resumen de una carta del padre rector de Buenos Aires al H. Antonio Álvarez, otro del secretario del gobernador dirigida al provincial P. Diego Francisco Altamirano y otra textual al mismo Padre, fechada el 22 de agosto de 1680, que a continuación se transcribe:

---

<sup>1</sup> Page, 2014: 24-40.

<sup>2</sup> *Ibíd.*

Relacion y Carta del Padre de Orduña<sup>3</sup> del  
avance de Indios al fuerte Portugues, y victoria  
que ganaron a 7 de Agosto de 1680<sup>4</sup>.

Mi Padre Provincial Sabado a 27 de Julio a las 7 de la noche vino / el Señor Governador y exorto al Padre Rector<sup>5</sup> convenia al servicio de su Magestad / que yo fuesse a la otra banda. Respondiendole, que se executaria assi. / Dispuso su Señoria fuesse en el barco dentro de tres días. el Domingo 28 / a las cinco de la tarde determino de nuevo me fuesse en la lancha que salía / aquella noche, pero por no aver viento se detuvo hasta la mañana el / lunes al alva sin mas abio sali, que mi breviario, frezada, y quatro pe- / sos de pan que compre, y con viento contrario afuerza de barloventear / llegue al rio de San Juan a las seis dela tarde, y en canoa que me des- / pacharon del Real, llegue a las 11 de la noche. El dia siguiente ha- / ble a toda la gente, y a los Yndios, y como los conocía, no fue difi- / cultoso persuadirles la importancia del negocio, y el empeño en que se / hallavan; y el servicio de su Magestad ni a ellos costo mucho mostrar el gus- / to, que avian recibido con mi venida y, la prontitud con que se hallavan / por desempeñarse; con que el Maestro de Campo Antonio del Vera<sup>6</sup>, y yo / apprehendimos que los Yndios estavan desseosos de mostrar ser ver- / daderos vassallos de su Magestad. Desde el Martes hasta el sábado / se padezio en el Real rigurosa hambre, por aver faltado las va / cas, y no acabar de llegar el Padre Jacinto Marques<sup>7</sup> que avia ido con / la gente de Yapeiu<sup>8</sup> a traer ganado. Llego con 3000 bacas, y

<sup>3</sup> No hay ninguna carta anua que haga su necrológica y nadie escribió una biografía, salvo los datos que aporta Page, sobre fechas y lugares de nacimiento y de muerte. El P. Pedro de Orduña nació en Salvatierra de Esca, Zaragoza, el 6 de marzo de 1629. Ingresó a la Compañía de Jesús de la provincia de Aragón en 1645 y tres años después llegaba a Buenos Aires. Su cuarto voto lo profesó en Encarnación de Itapúa en 1665, falleciendo en la reducción de San Javier el 29 de mayo de 1700 (Storni, 1980: 206).

<sup>4</sup> Archivo Nacional de Chile, Jesuitas Argentina, vol. 197, n. 1, ff. 2-5.

<sup>5</sup> Se refería al provincial madrileño Diego Francisco Altamirano (1626-1704), cuyo mandato se extendió entre 1677 y 1681, año este último en que fue elegido procurador en Europa, para no regresar al Paraguay, pues fue luego visitador en Colombia, Ecuador y Perú, falleciendo en Lima (Storni, 1980: 9).

<sup>6</sup> Antonio de Vera Mujica había nacido en la ciudad de Santa Fe en su primer emplazamiento, siendo hijo de Sebastián de Vera y Mujica (n. Las Palmas de Gran Canaria, 1580), que había pasado a la gobernación del Río de la Plata en 1607, y de María Jerónima de Esquivel y Nájera. En 1680 inició una campaña en la Colonia del Sacramento. En ese año fue ocupada la plaza, pero en virtud del tratado de 1681, se devolvió a Portugal en forma provisoria. También inició una acometida al Chaco desde Tucumán. El 18 de octubre de 1684, el maestre de campo Antonio de Vera y Mujica fue nombrado para ejercer como gobernador del Paraguay pero fallecería en el cargo el 29 de octubre del citado año, en la ciudad de Asunción.

<sup>7</sup> El P. Marques nació en Cubla, Teruel (España) el 15 de agosto de 1645. Llegó a Buenos Aires en 1663 en la expedición del P. Francisco Díaz Taño, obteniendo el sacerdocio en 1671 y profesando su cuarto voto en la reducción de Encarnación de Itapúa. Falleció en Yapeyú el 20 de julio de 1683 (Storni, 1980: 173).

<sup>8</sup> La reducción de Nuestra Señora de los Santos Reyes Magos de Yapeyú (o Nuestra Señora de los Tres Reyes de Yapeyú) fue una de las misiones que la Compañía de Jesús estableció en la provincia jesuítica del Paraguay. La reducción se hallaba en la margen derecha del río Uruguay, en el lugar en donde hoy se halla la ciudad de Yapeyú, en la Provincia de Corrientes, Argentina. Debido a que se encontraba en el área limítrofe entre la nación guaraní y los pueblos nómadas del grupo charrúa (yaros, bohanes, guenoas y charrúas propiamente dichos) la misión incorporó elementos multiétnicos, incluyendo indígenas desplazados de áreas hoy pertenecientes al Brasil (tapes) y guaraníes de las islas del delta del río Paraná (chandules). Al ser expulsados los jesuitas en 1768 pasó a ser controlada por los dominicos, siendo secularizado su gobierno político. El régimen reduccional llegó a su fin al decretar la Primera Junta de Buenos Aires el 8 de junio de

asi / mismo el barco del Rey con 50 soldados Españoles del presidio<sup>9</sup>. / Refrescada la gente tratose del avanze, y se publico para el mi- / ercoles octava de Nuestro Padre san Ygnacio<sup>10</sup> al entrarse la luna poco / antes de amanecer, previnieronse los mas con la confesion comu- / nion, y otros ejercicios espirituales, y el Martes por la mañana salió el / Maestro de Campo Antonio del Vera a dar vista del enemigo, y reconocer su fuerte, y la palizada que estaba bien pertrechada y fuerte. A- / cercoseles, abanzo a una poca de gente que estaba cortando paja; y / assi como vieron a los nuestros se retiraron a su fortaleza dejando las / hozes, y capotes, que recojieron los nuestros, dispararon dela fortaleza dos / piezas sin hazer daño. Al ruydo se alboroto nuestro Real pensando que / el Maestro de Campo escaramucearse, le fueron luego mas de 500 gi- / netes de socorro. Esto fue con tanta promptitud que el Maestro de Campo [f.2v] quedo agradezido [...]echo de que el dia siguiente mostrarían / su valor.

Aquella tarde, saco el Maestro de Campo la gente a la campaña / y dividió 2730 Yndios que se hallavan para poder pelear, en tres / escuadrones, el uno dio al Sargento Mayor Don Ygnacio Amandau<sup>11</sup> ca- / zique principal de San Joseph, el otro encargo al Maestro de Campo Don / Francisco Cureta de Ytapoa. Y el tercero quedo a cargo de Don Chris- / tobal Capis de Santo Thome. A Don Ygnacio le mando acometiese la / estocada por la parte mas reforzada, y pertrechada del enemigo / por donde juzgaron siempre los avian de embestir. Y guardava este / puesto, que era hazia el rio arriba, el Capitan Manuel de Aguila y / Helgueta Portugues muy valiente, que tenia en su compañía muchos / reformados, entre ellos a Don Francisco de Lemos del abito de Abis. Des- / de aquí defendia la cortina hasta el valuarte el Capitan Simon / Farto con una buena compañía. Dentro del valuarte estaba el Capitan / Manuel Galvan Portugues valentissimo por extremo con su compañía / y desde el segundo valuarte hasta la casa dela polvora, y estacada / que corre hazia la parte baja de rio, estaba la compañía de un fula / no Lopez con los centinelas, y cuerpo de guardia.

---

1810 la igualdad de los indígenas con la población criolla y europea. El pueblo de Yapeyú participó de las guerras civiles y con Portugal hasta ser destruido por completo por estos últimos el 13 de febrero de 1817. La existencia de una vaquería dedicada a la captura y faena de ganado vacuno cimarrón en el área adyacente a Yapeyú, hizo que el esfuerzo productivo de la reducción no pudiera ser orientado por los misioneros jesuitas hacia la agricultura, por lo que con el ganado capturado se formó una estancia o vaquería de la reducción entre los ríos Uruguay, Guaviraví y Miriñay y los esteros del Iberá, que fue aumentada con ganado adquirido en Corrientes en 1634. En 1694 esta estancia, centrada en la rinconada del Ibicuy, fue trasladada hacia la desembocadura del río Cuareim al ser abandonada la vaquería del Mar como proveedora de ganado, pasando a denominarse estancia de San Joseph. La captura de ganado se trasladó a la vaquería de la zona charrúa (bohán-guenoa) entre los ríos Queguay y Negro.

<sup>9</sup> El Presidio o Fuerte español era un tipo de fortificación con origen en la arquitectura militar del Imperio romano usado para el acuartelamiento de tropas. Su función era la propia de un baluarte fronterizo de defensa, amparo y pacificación territorial. Su idea táctica principal es establecer una «cortina defensiva».

<sup>10</sup> Se refiere al miércoles 31 de julio de 1680 (El día festivo de San Ignacio es el 31 de Julio).

<sup>11</sup> Sobre el cacique Ignacio Amandau, se encuentra mencionado por el P. Guillermo Furlong en un opúsculo titulado “Los Jesuitas y la Cultura Rioplatense”, pero no he podido encontrar más datos biográficos de este personaje. Sobre la reducción de San José el mismo P. Furlong menciona en el libro: “Misiones y sus Pueblos de Guaranies”.

Vuelvo a Don Ygnacio: Digo que le mandaron a cometer la esta / cada del rio arriba por donde estava Aguilar, y a Don Francisco Curetu / con su tercio que acometiesse por el valuarte que haze frente para la / compañía donde estava Galvan; la de Cristóbal Capis por la estacada / que cae hazia la parte del rio abajo. A cada tercio se le dio un / Capitan Español para que le gobernase. El Padre Pedro Ximenez<sup>12</sup>, el Padre / Solinas<sup>13</sup> y yo ibamos con el Maestro de Campo Antonio de Vera y pa- / samos hazia la parte del rio abajo con los reformados Españoles / y toda la gente del presidio.

El Padre Jacinto quiso seguir a los del Yapeiu que iban con el / tercio de Don Ygnacio Amandau. Diose orden aquella tarde que todos / cenassen temprano, y durmiesen, porque alas once dela noche, se avia / de comenzar la marcha. Hizose assi, y alas once poco mas con buena / luna y mucho frio ala voz de un cabo se levanto cada tercio / como si fueran dos hombres, con tanto silencio como sino hubiera gen- / te. Siguió cada tercio a un cabo hasta llegar al puesto adonde se avia de hazer alto, que era junto al fuerte. Los de Don Ygnacio en la / orilla del rio a tiro de mosquete. Los de Don Francisco Cureta en una cañada / cubiertos con una loma entre el valuarte; y los demas debajo de [f.3] de la estacada con los Españoles, guardados de una loma orilla / del rio hazia abajo con orden, que allí esperasen la lu- / na. Estuvimos mas de dos horas esperando sufriendo mucho frio. / Entrose la luna, luego al punto se levantaron todos los Yndios, de los ter / cios y comenzaron a acercarse, y hizole Don Ygnacio sin ser ser [sic] vistos, y quedo al pie de la estacada esperando la señal de un mos- / quete Don Francisco Cureta avanzaba apriessa hazia la puerta que / esta pegada al valuarte primero: fue sentido dela zentinelas de / a caballo, retiroze ella hazia la puerta sin saber lo que oya, y asegurado / de que esa gente disparo la carabina, al ruido de la carabina cerro [sic] con el valuarte y arrimose: acudió Galvan con su compañía y comenzó / la pelea defendiendo la entrada. Assi como Don Ygnacio oio la grite / ria deste tercio, en un instante desizo con los alfarges parte dela / estacada, salto el foso, y entro adentro con la gente de San Joseph / San Carlos, San Nicolas y Apostoles que tenia en su manguardia, y cer- / rando con la compañía de Manuel de Aguila sela llevo, subio la loma / y gano dos piezas. Viendo Galvan, que por aquella parte le entraban; / echo en socorro de Aguila la compañía de Farto: cerrándose todos / contra Don Ygnacio y los suyos, y los llevaron hasta la estacada, me- / nos al Don Ygnacio, que con la espada y rodela hizo prodigios. Reti- / rose en busca de los suyos, que estaban en la estacada jugando / la arcabuzeria y flechería con lindo orden, arrimoles Don Ygnacio; / y alentados con sus razones, cerraron con tan gran fuerza que se lle- / vo al Aguila de dos estocadas y una cuchillada; y a este segundo a / banze, y ala resistencia grande que hazia Galvan en el valuarte / a los de Francisco Cureta, entro Don Cristóbal Capis por la otra, estacada del / rio abajo gano luego la casa dela polvora, cerro el Capitan Lopez / y su compañía, a que le alcanzo una vala en la frente al buen Xptoal Capis y caio mal herido. Al Capitan Juan de Aguilera que fue el único / que abanzo con los Yndios le hirió otra bala

<sup>12</sup> El P. Jiménez nació en Fuenmayor, Logroño (España) el 3 de febrero de 1637. Llegó a Buenos Aires en 1658 y pasó a las misiones donde en Loreto profesó su cuarto voto. Falleció en Santiago del Estero el 13 de octubre de 1705 (Storni, 1980: 150).

<sup>13</sup> El P. Juan Antonio nació en Oliena, Nuoro (Italia) el 15 de febrero de 1643. Ingresó al Instituto en Cerdeña en 1663, obteniendo el sacerdocio en Sevilla antes de viajar a América, llegando a Buenos Aires en la expedición del P. Cristóbal Altamirano de 1674. Profesó sus últimos votos en Encarnación de Itapúa en 1682 y al año siguiente muere mártir en el Chaco (Storni, 1980: 274).

en un brazo. Galvan / acudia a todas partes animando a los suyos quando comenzaron a en- / trarle en el valuarte los de Cureta, y los Portugueses ya alborota- / dos Don Ygnacio siempre valiente contra los de su oposición. Estando en / esto llego por el valuarte por donde estaban los de Curetu la gente / del presidio. Acercosele Galvan que andaba todavía muy valiente / aunque herido de dos flechas en los brazos, y sus armas llenas de fle- / chas, tiro una cuchillada al Capitan Leon y le llevo un dedo, tiro otra / a un soldado llamado Saavedra, resistiolo, disparole el soldado el [f.3v] mosquete, y llevoselo. Aquí se entraron en el cuerpo de guardia algunos / Portugueses donde se hizieron fuertes, y donde mataron algunas gentes hi- / rieron mucha. Allí cayo mortal Don Diaguito Salzedo, y otros quatro del / Presidio. Don Ygnacio ya tenia vencido lo de Aguila, y Simon Farto. Vien- / [margen: reclaman los Yndios] do este esquadron ya victorioso, y que por los valuartes, y sobre la ca- / sa del cuerpo de guardia tremolando las vanderas, se fue retirando / hazia el rio, la frente del Puerto, y saltando en una lancha con / otros trece hombres se huió hazia nuestra zumaca que estava a la vista / armada para qualquier acontecimiento y allí el Alferéz Francisco de Elgueta / los recogió. No tuvo essa dicha la gente de Aguila, que se entro en la / otra lancha: porque arrojandose al agua los del tercio de Don Ygnacio los apre- / saron. Y defendiéndose asimesmo los Portugueses, fueron todos muer- / tos o ahogados, algunos huyendo se escaparon en la Yglesia, otros en casa / del Governador Don Manuel Lobo y la mas de pocas obligaciones. En toda / [margen: muy poca gente de quenta] la refriega nos hallamos el Padre Jacinto Marques y yo ayudando / a bien morir, confessando y absolviendo a todo genero de gente que de to- / das partes nos llamavan; mucho riesgo corrimos, pero Dios nos ayu- / do. Los otros dos Padres tambien trabajaron muy bien, y gracias a / Dios, que acudieron todos con mucho zelo del bien de las almas, como hi- / jos de la Compañía. Luego que el Maestro de Campo Antonio de Vera entro en el fuerte / que fue ya de día acudió a casa del Governador Don Manuel Lobo, el qual, aunque / enfermo, se levanto dela cama, y recibió al Maestro de Campo en la puerta, y / le rindió la espada, y el estandarte Real. Reciviolo el Maestro de Campo, y / luego le volvió la espada diziendole, la resiviesse como caballero, que / era en señal de su abito. Retiraronse a su recamara, y cargaron / sobre la casa mas de docientos Yndios para entrarla con tan gran fu- / erza, que el sargento Mayor Villanueva con muchos reformados, que esta- / van ala puerta, no pudieron resistirles. Acudió Don Ygnacio Madan / y hizo campo con la espada, apoderose dela puerta, y la defendió. / Salio el Maestro de Campo a defenderla, y hallose tan aflijido que juz- / go le atropellasen. Fueron en mi busca cinco, o seis reformados; acudi / alla, y halle a Don Ygnacio hecho un rayo contra los suyos al lado del / Maestro de Campo defendiendo la puerta. Hable a los Yndios y se apar- / taron. Dijeronme, que la Yglesia corria riesgo porque se avian acogido / a ella algunos Portugueses, Yndios y chusma, fui alla, y hize / la misma función y quedo libre, de allí parti a casa de los Padres / halle la puerta cerrada, y que avian echo pedazos la ventana y estaban / ocho Yndios dentro, abri con la llave que me dio el negrilla de los [f.4] Padres que iba muy assido a mi por el temor de que le matassen y assimis- / mo defendi la casa puertas guardas en la casa del Governador, Yglesia y ca- / sa de los Padres, comenzaron los Yndios y Españoles el saco donde / se aprovecharon algunos muchos, otros poco y otros nada. /

Delos Yndios quedaron esse dia muertos 15 heridos 115. Han / muerto hasta oy 30 delos del presidio han muerto hasta oy seis, heridos / 14. De los Portugueses enterramos aquel dia 18, el dia siguiente 91. De / los ahogados 14 conque son 123 y sino es que ayan

salido mas ahoga / dos por las playas, y no nos han avisado. Hizose luego despacho a este / Puerto, dando aviso del sucesso, que se recibio con aplauso, y alegría, y / nosotros nos quedamos alla enterrando muertos que causaban grima / el verlos. Han traido ya a este Puerto al Governador Lobo, los Portugues- / ses sanos, y heridos, que todos ellos estan miserabilssimos, desnudos / pobres, y flacos y como quien se ha escapado de las manos de la muerte. /

Los Yndios quedan alentados, valientes y sin temor alguno / a los Portugueses, ni a sus piezas de artillería, pues aunque se dispararon / 15 piezas, las mas dos veces 8 pedreros, y dos medios cañones, no / hizieron daño por estar apuntados ala caballeria, y los Yndios / en viendo el resplandor se arrojaban al suelo con mucha presteza / y passaba todo por alto. /

Peleose de una, y otra parte con grandissimo corage, los Yndios con / grande aliento por vencer, y los Portugueses con casi desesperación / hasta morir. Los del presidio 40 o 50 que entraron lo hizieron / muy bien, y por todos se alcanzo gloriosissima victoria. Su Magestad / nos de la corona en el Cielo, que grande a Vuestra Reverencia en cuyos Santos sacrificios etcetera. /

En una carta para el padre Lauro Nuñez<sup>14</sup> del mismo Padre dize / de Don Ignacio Amaridau y otros lo siguiente: “Nuestro Ygnacio Amandau / ha andado prodigioso, Dios le ha ayudado, no es como quiera, ha echo / azañas, no de Yndio sino de un gran soldado y el pobre se ha quedado / sin una hilacha de pillaje por acudir a defender a Lobo, y a otras obliga- / ciones”. Al Padre Lauro le hirieron muy mal, y aun hermano suyo le / pasaron la pierna de un balazo, y al hermano menor de Lauro llamado Jor- / gito Oyba le tiro un balazo un Portugues, bajo la cabeza, paso la ba- / la raspandole la espalda cerro con él el muchacho, y le abrió la / la cabeza de en alfanjazo, y lo dejo asus pies muerto, y de ay paso a otro Por- / tugues, y le hizo lo mismo, aunque dentro de un Credo derribo a dos y desta su- / erte fue entrando, y haziendo Vellezas. /

En otra carta escrivi a dicho Padre Lauro por Francisco Dominguez / [f.4] secretario de cartas del Señor Governador le dize lo siguiente. A voz de todos, / los Yndios pelearon famosamente y save Vuestro Padre que no le avia de adular / pues le suelo hablar claro, y esto lo certifican las muertes que en ellos / a avido, y suma de heridos de mucho peligro, y que estos avanzaron. / Los primeros, me consta fueron rechazados dos veces mas al amparo del Espa- / ñol fueron mas osados y se gano el fuerte y Ciudadela y en lo que a mi / me ha tocado patrozinar esta verdad, no he omitido palabra, aunque / resta lomas que es informar a su Magestad a quien su Señoria esta determi- / nado pedir con todo ruego les libre a ochos Yndios, que asistieron, del tribu- / to, bien merezen este alivio por tanto gasto. Don Manuel Lobo esta / en el quarto, donde tambien esta Macedo<sup>15</sup>, y los criados de ambos. / Es Lobo

<sup>14</sup> El P. Lauro nació en Alicante (España) el 18 de agosto de 1632. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1647 y al año siguiente llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Juan Pastor. Fue profesor y rector en Córdoba, además de procurador a Europa electo en 1689, aunque no viajó pues el general lo designó provincial, ocupando el cargo entre 1692 y 1695. Falleció en Córdoba el 29 de abril de 1719 (Storni, 1980: 201).

<sup>15</sup> Jorge Soares Macedo (Obidos, 1634- Santa Fe, 1693) quedó en libertad y se traslado a Santa Fe. Allí estuvo en contacto con los jesuitas, especialmente con el P. Miguel Ángel Serra. Con este sacerdote sardo, que fue el rector del colegio, Soares hizo los Ejercicios Espirituales e ingresó a la Compañía de Jesús como hermano coadjutor en 1683, falleciendo diez años después (Storni, 1980: 169).

caballero del abito de Cristo<sup>16</sup>, de mas de quarenta y cinco años, muy amable, y capaz, y soldadote, y persona de suposición se / ve por las cartas de correspondencia, que se le hallaron en su escrito / y mas de cien cedula, y diferentes ordenes sobre la fundación y / jornada, para venir a hazerla, previniendo a todo el Brasil en / este particular sin declararle, sino decir le assistan en todo a / Lobo, porque le ha encargado un gran servicio a su corona. En / la instruccion que le da, dice señaladamente a San Gabriel, y haga / un fuerte con todas las defensas, y después de Lobo pone tras per- / donar en defecto. A Lobo le dio su Señoria los baules de ropa / de vestir etcetera. /

En otra carta escrita del Padre Rector<sup>17</sup> de Buenos ayres al / Hermano Antonio Alvarez<sup>18</sup> se dize lo siguiente: “Los apressados / unos heridos, y otros pobres, y Lobo enfermo, estan repartidos / unos enel fuerte y otros enla carcel. Vi a Don Manuel Lobo que me lla- / mo, parece hombre de gran calidad. Hanse allado en sus papeles / el orden que traia de su Principe para la Poblacion; Y se ha pro- / vado como tenia intento de pasar muy adelante, mas Dios lo / a dispuesto mejor dandonos una tan gloriosa victoria, que / el Señor Gobernador dijo que se debía ala temeridad de los Yndios / que no aprehendieron el riesgo de acometer la fortificación con / tanta artillería”. Alla va la relacion del que se hallo presente / que fue el Padre Pedro de Orduña. /

En otra carta escrita al Padre Provincial Diego Altamirano de / Francisco Dominguez Secretario del Señor Gobernador se dice assi: “Bien / me parece que la nueva, que con este charque recibira Vuestro Padre le causara / tanto alboroto que sea mas, que el que todos por aca han mostrado en la general / [f.5] con singular índice de su corazón. Yo le doy Vuestro Padre las enora- / buenas, que en la ocasion del abanze lo hizieron los Yndios hijos / dela doctrina, de Vuestro Padre y delos de su Religion cuya instruccion / mas oy, que nunca ha resplandezido, y la testifican los muertos / que de ello ubo y suma de heridos. Delo demás avisara a Vuestro Padre / el Padre Pedro Orduña, que se hallo en todo, y aun cerca de una bala / de artillería que le paso a raiz del sombrero. Con todos estas ex / periencias puede informar, Y siempre quedo, me mande Vuestro Padre / en su servicio, cuya vida guarde Dios muchos años. Buenos ayres. Etcétera”. /

Copia de carta del Governador de Buenos ayres Don /  
Joseph Garro para el Padre Provincial Diego /  
de Altamirano. /

La bondad de Dios nuestro Señor, que siempre premia, y tiene de su / parte la Justicia, y Razon, obro con tan favorable providencia en / la expedición de los Portugueses

<sup>16</sup> La Orden de Cristo (en portugués: Ordem de Cristo) es una orden militar portuguesa, heredera del Temple en esta nación.

<sup>17</sup> Era rector del Colegio de Buenos en 1680 el P. Cristóbal Gómez, que además lo fue en Tucumán y Córdoba. Nació en Ardales, Málaga, el 28 de diciembre de 1610. Ingresó a la provincia de Andalucía en 1628, obtuvo su sacerdocio en Montilla diez años después, llegando a Buenos Aires en 1640. Prolífero escritor, fue provincial entre 1672 y 1676, falleciendo en Córdoba el 19 de noviembre de 1680 (Storni, 1980: 120 y Furlong, 1944: 134).

<sup>18</sup> Álvarez era coadjutor nacido en Buenos Aires el 17 de setiembre de 1919. Ingresó al Instituto en 1636, falleciendo en Córdoba el 4 de mayo de 1689 (Storni, 1980: 10).

de la población de San Gabriel<sup>19</sup>, / que fue servido quedasemos por dueños, como antes, de aquel / sitio; y sin que ninguno delos Lusitanos, en sus gentíos no fuesse / prisionero, vendido, o muerto, como mas por menor darán Razon / a Vuestro Padre Reverendisimo sus súbditos; y siendo assi, que los Yndios de las doc- / trinas de Uruguay, y Parana (que para este intento mande con- / ducir a aquel parage) obraron enla facción con muy buena de- / mostración de lealtad, recurro a dar las gracias a Vuestro Padre Reverendisimo que / puede estar cierto de lo que lo reconozco hare en favor delos Yn- / dios quanto pudiere, para loqual embie apedir listas de todos / los que han assistido, para interceder, y informar a su Mage- / tad les libre del tributo, que pagan cada año en atención aeste / servicio, y tambien con la recompensa, empeñarlos para otros que / se pueden ofrecer, que yo me olgare ser instrumento para con- / seguirlo, zelebrando Vuestro Padre este buen sucesso con la aficion, y / voluntad que deve, siendo tan interesado en el Real servicio, por / el gran crédito, que este Puerto grangea con todas las naciones / del mundo en la defensa, y fuerzas que tiene, en que Nuestro Señor / y su Santissima Madre parean dictavan las disposiciones, pues de / todas conseguí, ami desseo buenas resultas, de que le doy infini- / tas gracias, y pido a Vuestra Reverencia me ayude a dárselos mas cum- / plidas de sus Santos Sacrificios; y no me tenga ocioso en / [f.5v] desempeños de mi obligación a servirle. Guarde Nuestro Señor la / persona de Vuestro Padre Reverendo muchos años, como puede. Buenos ayres, / y Agosto 22 de 1680. Besa la mano de Vuestro Padre Reverendisima su servidor / Don Joseph de Garro.

### Bibliografía

- Furlong SJ, Guillermo (1944), *Historia del Colegio del Salvador y de sus irradiaciones culturales y espirituales en la ciudad de Buenos Aires 1617-1943*, Tomo 1, Buenos Aires.
- (1978), *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Posadas, Lumicop.
- Page, Carlos A. (2014), “La presencia de los jesuitas en Colonia de Sacramento”, *IHS*, vol.2, Nº 2, pp. 24-40.
- Page, Carlos A. (2007), *Los viajes de Europa a Buenos Aires según las crónicas de los jesuitas de los siglos XVII y XVIII*, Córdoba, Báez Ediciones.
- Storni SI, Hugo (1980), *Catálogo de los jesuitas de la Provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*, Roma, Institutum Historicum S.I.

<sup>19</sup> En la costa oriental del estuario platense, a 250 kilómetros de la boca del Río de la Plata y a unos 100 kilómetros de la desembocadura del Río Uruguay, irrumpe una península y un grupo de islas que desde mediados del siglo XVI eran conocidas con el nombre genérico de San Gabriel, denominación que hoy sólo conserva la isla más grande, situada a cinco kilómetros de la actual ciudad uruguaya de Colonia. El 26 de enero de 1680 Manuel Lobo funda la Nova Colonia do Sacramento en nombre de Portugal, y de inmediato comenzaron las tareas de construcción de viviendas y defensas.